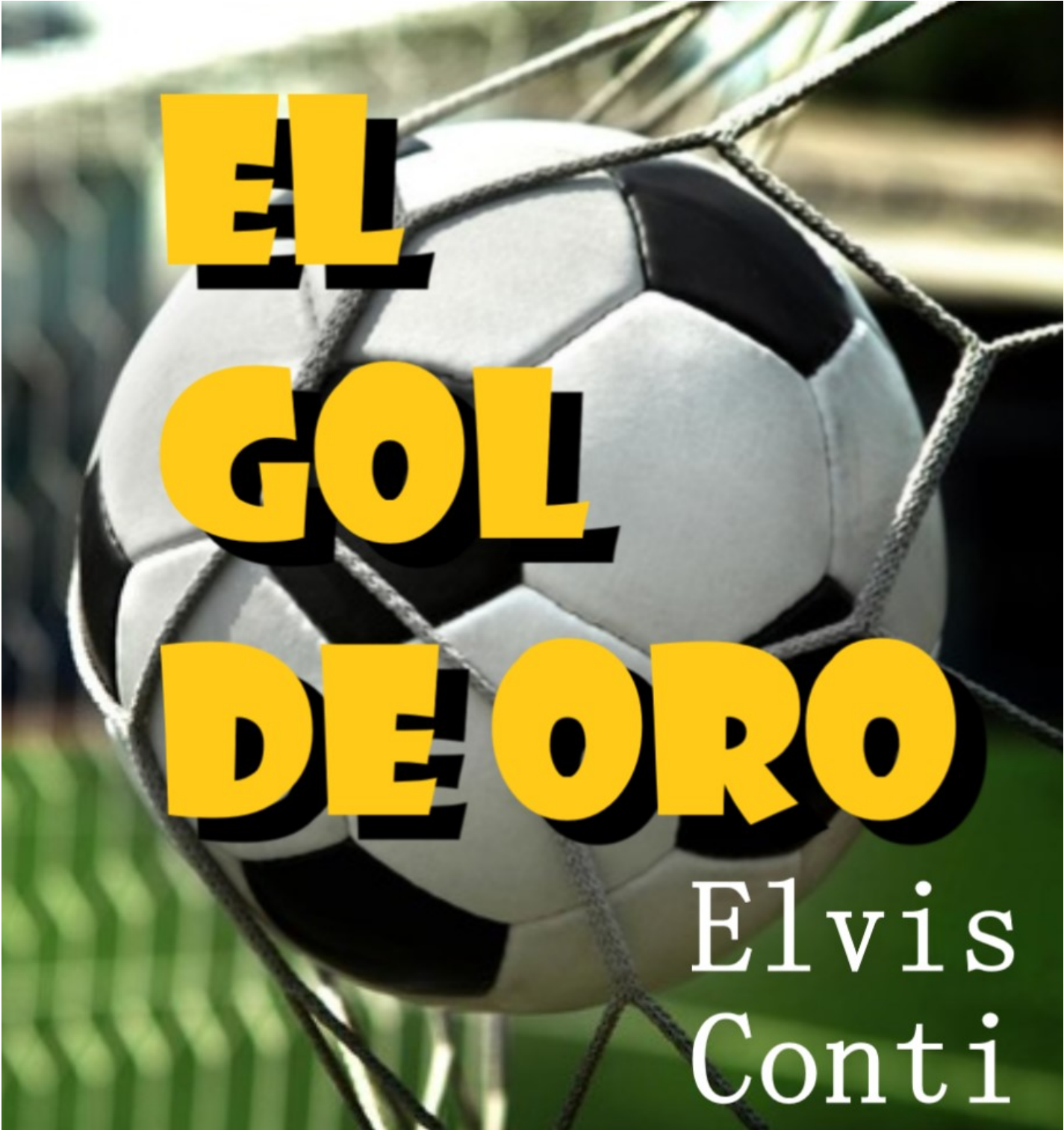


El Gol de Oro

Elvis Conti

A close-up photograph of a soccer ball with black and white panels hitting a goal net. The net is made of thick, light-colored rope. The background is a blurred green field and a fence.

EL GOL DE ORO

Elvis
Conti

Capítulo 1

Grito y grito y el maldito Vladimir, siempre lo mismo. Caracolea quince metros por la banda derecha, se burla a tres pero nunca suelta el balón, hasta que le quitan la pelota.

De estos jugadores está lleno el campeonato. Yo les llamo las "eternas promesas", porque todo en ellos se vuelve una promesa que rara vez se cumple. Vladimir no es el primero que conozco. Recuerdo muy bien al *Claudiño* en la segunda división, un brasileño desechado de algún torneo menor en su país y que llegó acá como un mesías. Nunca fue capaz de completar un partido... ni siquiera una jugada. Un petardo.

El estadio ya se llenó y a Ella no la alcanzo a ver.

No quiero reconocerlo, me cuesta mucho admitirlo, pero necesito saber que está ahí, sentadita, viéndome, apoyándose. Aquí en la cancha, es el lugar donde ella me puede ver así: grande, poderoso, importante.

El *Nopalito* Ramírez acaba de regalar una falta afuerita del área mayor, del lado derecho del medio círculo. Clarito le dijo el *Profe* Guajardo que no se les barra de esa manera, pero el *Nopalito* no entiende de razones, así aprendió a jugar allá en su rancho, en canchas de tierra con grava. Me pongo en la barrera con una mano en el corazón y la otra en los *huevos*. Casi inmediatamente se me viene el recuerdo del *Profe Motita*, de allá del torneo de juveniles. Nos decía muy serio - *Jóvenes este es un juego de hombres, es un juego de honor en el que se apuesta el corazón y por delante van los huevos...* - Todos, salvo 2 o 3 que les ganaba la risa, tomábamos muy en serio las palabras del *Motita*.

-*Pepe... Pepe... ¡Pepeeee!...* - Le grito con fuerza al Erizo para que se cargue más a la izquierda, pero este sigue manoteando con el *Turbo* Conti, el delantero argentino que hoy lo trae jodido, un jugador que es una *piola*. Dicen que no tardan en llevárselo a Europa, pues al parecer lo quiere el Birmingham inglés. Claro, siempre "dicen" cosas, pero hay muchos a los que se les va la vida esperando la gran oportunidad.

El Vladimir se brinca la rayita que pintó el árbitro para la barrera y ahora es amonestado. El *profe* Guajardo se pone como loco, el *Nopalito* y Vladimir lo han enfurecido.

El tiro me pasa a unos centímetros de la cabeza y se va hacia la derecha muy arriba de la portería, hacia el público, que automáticamente le *mienta la madre* al *Chino* Ledezma, el colombiano que intento meterla por el primer palo.

Ya es el minuto 18 y sigo sin verla. La verdad es que no sé por qué espero verla todavía, si ella me dijo bien claro que no vendría, que nuestro asunto ahí había quedado, que no era falta de cariño, pero que Ella esperaba, según dijo - ... *cosas nuevas de la vida...*- Mientras tanto, a mí se me ha roto el corazón.

A veces creo que no entiendo cómo la necesito. Ella es mi talismán. Tampoco se da cuenta como me impone saber que tiene una educación, y que yo no. Pude haber sido el primero de la familia en tenerla. Que era la mayor ilusión de mi *Pá*, pero para su mala suerte el gusanillo del *fut* me pegó desde muy chico, así que se tuvo que conformar con el primer año de *prepa*.

Me han mandado un pase largo desde el extremo izquierdo. No pude evitar que el balón bote y ya se me emparejaron los dos centrales, uno de cada lado, yo sigo corriendo, pero al entrar al área aflojo el cuerpo y me dejo caer. Todo el equipo contrario pide que me den tarjeta. Yo sigo sin levantarme, pero es de puritita vergüenza, la verdad no me gusta hacerlo, pero esas son mis instrucciones, - ... *si sabes que no vas a llegar, déjate caer...* -. Todavía me levanto y me dan un par de empujones, lo que no entiendo, ¿Por qué se enojan? Si ellos reciben las mismas órdenes.

Benny Pedraza es un jugador que me gusta mucho. Él es nuestro Andrés Iniesta, un jugador muy fino con una izquierda casi amaestrada, muy fuerte y rápido, que siempre está mediando entre nosotros y la defensa. Quizá solo le criticaría que es muy miedoso con los golpes, ya que a veces es la única manera de pararlo. *Benny*, además, tiene un secreto. O más bien, algunos sentimos que lo tiene. Creemos que es gay. Y no es que a mí me importe mucho, pero si me imagino que a él le ha de poder mucho. Y no digo que no podamos estar equivocados, pero recuerdo clarito cuando nos íbamos todos al *teibol*, él siempre buscaba una excusa para no ir. Y en las regaderas, siempre se espera a que los demás terminen.

Benny ya volvió a brincar a sus marcadores, filtrándole el balón al *Wendy* Gaxiola. El *Wendy* maneja muy bien sus dos perfiles. Puede cortarse además al interior o correr hasta la línea final y, desde ahí, centrarla. Pero lo hace mejor, se para en seco y se espera a que llegue el mismo *Benny* que, de primera, me la centra. Es un pase precioso.

El Profe Motita siempre me dijo - ... *iNunca pierdas de vista el balón! Así te tropiezas con los demás, no dejes nunca de ver la pelota...* - Y no es que estuviera inventando el hilo negro o el agua tibia, me lo insistía porque yo solía cerrar los ojos cuando veía venir el balón. Esta mala maña tenía una explicación. Cuando era niño, me gustaba pensar que tenía un superpoder, un radar, y que eso me ayudaba a colocar la frente exacta para cabecear. Tanto lo creía, que no fueron pocos los goles que metí así. Al llegar al *fut* profesional, y más en el de primera, fue lo primero que

cambié. Lo consideré una maña infantil y me discipliné.

El pase de *Benny* es una parábola perfecta que flota por encima de todos, - *¡Es mía!* - Me digo con un brinco en el corazón. Y es este momento, esta fracción de segundo, en el que la pelota viaja por el aire buscándolo a uno, lo que nos separa de los demás mortales. Otros podrán construir puentes, escribir poesía, manejar aviones, inventar cosas o ganar mucho dinero haciendo negocios, pero ellos jamás podrán saborear la dicha enorme de, junto con el balón, rasguñar permanentemente la gloria de meter un gol único, un gol para ser recordado para siempre. Es cierto, al final podemos meterlo o fallarlo, pero esa oportunidad se presenta incluso para jugadores como yo. Los delanteros siempre decimos que el gol simplemente hay que meterlo, pero adentro, muy adentro, en las tripas, soñamos con ese gol de oro.

No he saltado tanto, el balón no viene tan alto. Mientras me elevo, hago para atrás el tronco, inclino la cabeza y me dispongo a soltarme como un resorte.

He prendido bien el balón. Puedo sentir todavía como tiemblo por el golpe seco dado con la frente plena. El balón ha salido con mucha fuerza y buena dirección. La escena completa la veo como si fuera en *slow motion*. Junto a mí, como lapa, me flanquea el número 18, que brincó junto conmigo, su codo me ha pegado en las costillas, pero he resistido bien. Suárez, el *Picapiedra*, se ha lanzado como último recurso cuando ha visto que mi remate se dirigía a su ángulo izquierdo. Desde donde estoy, mientras caigo pesado después del brinco, tengo la certeza que entrará, ya saboreo el grito de la porra y el cañonazo de adrenalina que me correrá por todo el cuerpo.

Picapiedra Suárez va en el aire, veo el instante en que se revuelve en el aire por un mejor impulso, es una ilusión. Su quijada se aprieta, y cambiando la mano, ha sacado la derecha de la nada, que estira en pleno vuelo. Puedo ver dolor en su cara, causado por ese violento esfuerzo. Apenas, escasamente, con los dedos cordial y anular, alcanza a rozar por muy poco el esférico, lo suficiente para desviarlo y que se estrelle contra el larguero.

Maldigo. ¡No puede ser! Ahí me quedo viendo como los defensas abrazan a su portero después de la salvada. A mí, no me queda otra que darle una palmada al *Picapiedra*, reconociéndole su enorme atajada.

Unos minutos después, el árbitro pita el medio tiempo. Yo volteo hacia el lugar donde tendría que estar Ella, en el apartado de las novias y esposas de los jugadores, pero sigo sin verla. Tenía la esperanza que hubiera visto esa última jugada.

Una amarga sensación me empieza a recorrer. Ahora pienso que, si Ella hubiera estado, el balón estaría todavía contra las redes. Camino hacia los vestidores del estadio, mientras vuelvo a buscarla con la mirada.

En el vestidor, nada que no haya visto u oído antes. El *profe* Guajardo se deshace en gritos, gestos y manotazos mientras yo, que no lo escucho, no puedo más que pensarla. Al parecer la peor parte se la llevan el *Nopal* y Vladimir, que ni le alegan. Él no deja de repetir que necesitamos, que nos urge ganar este juego para poder amarrar en tres jornadas la calificación.

Al terminar, el *Profe* me manda llamar con una seña.

- *Medina, te voy a sacar al 70 para que entre el Popeye...* – Yo solo asiento. No me queda mucho por decir.

Después oigo los elogios del Profe, me felicita porque, según él, he sustituido muy bien al Popeye en los últimos 3 juegos, pero que ya es momento de que este regrese. Y aunque yo siempre supe que este momento llegaría, siento por dentro que se me cae a pedazos mi mundo. Después de dos años saliendo desde la banca y con 28 años, estos juegos como titular han sido una oportunidad inmejorable para que la gente sepa que aun existo, que respiro y palpito fútbol, y que quiero morirme en la cancha.

A lo lejos el *Popeye* me saluda, él sabe perfectamente lo que estoy sintiendo. Como sea, se lo agradezco.

Brincamos a la cancha corriendo. Yo no levanto la mirada, yo ya no la busco. A punto de iniciar el segundo tiempo, sé que Ella ya no vendrá. Ahora, solo me hace compañía la soledad porque, aunque juegue en equipo, nadie sabrá por lo que estoy pasando ahora.

El balón empieza a rodar. Muy temprano los contrarios han adelantado líneas y unidades y ya los tenemos sobre nuestras barbas. El *Miguelón*, nuestro portero, no deja de dar de gritos, pues ya los siente encima. Yo me corro hasta abajo para apoyar a mi equipo que está asediado, y como inicié jugando de defensa hace años, todavía me acuerdo como meter fuerte la pierna.

Después de varios intentos, hemos logrado, de a poquito, llevar el juego al medio campo, aunque eso no ha evitado la última incursión del *Gato Luna*, un paraguayo chaparrito, medio de contención, que se ha colado llevándose por piernas a nuestro último hombre, el *Erizo*, quedándose solo de frente al *Miguelón* que, sin dudarlo, cuando este se internó en el área mayor, se le echó encima con su 1.90 achicándole los ángulos, de manera que al pegarle al balón, este solo alcanzó a pasar

cerca del poste derecho.

Ese susto nos ha puesto alerta, el *Profe* Guajardo se desgañita, pero a nadie parece importarle mucho. Ya estamos en el minuto 56 y todavía no logramos llegar a la portería del *Picapiedra*.

Entran las asistencias al minuto 62 para atender al *Turbo* Conti que cayó mal en la lucha de un balón que venía botando muy alto. Yo, sin darme cuenta giro de nuevo la mirada hacia donde tendría que estar Ella. Me da coraje, ya no quiero pensar en eso, necesito cambiar de página. Reviso el reloj de la cabecera del estadio, me quedan 8 minutos, menos los que consume el *Turbo*, para salir finalmente del partido. El tiempo ha pasado tan rápido, y el partido ha sido tan feroz, tan físico, con tan poco fútbol, que nos ha dejado, nada más, un nudo en el estómago.

Con ese respiro, en lo que se repone el juego, me doy cuenta que estoy sudando tristeza pura, y que esta me ha logrado envolver. Lo único bueno que me queda, son los próximos 7 u 8 minutos que permaneceré en la cancha. Justamente, en ese lapso, sin que me lo proponga así, pasan por mi mente, como ráfagas, imágenes y recuerdos muy queridos: mi Mamá llevándome a los entrenamientos de primaria, vistiéndome con el uniforme en las gradas junto a las demás mamás. Mis partidos en la calle, en la tarde noche mientras nos llamaba mi Mamá, a mí y a mis hermanos, para cenar. A mi Papá yendo a verme jugar y gritando como loco cuando anotaba un gol.

Apenas reacciono a la memoria y ya están algunas lágrimas corriendo por mi cara. Avergonzado, me paso discretamente la mano por la cara, mientras me digo por dentro, que puedo estar satisfecho, que nunca escatimé energía ni entusiasmo, que si el talento no me alcanzó, al final, lo que verdaderamente cuenta es que siempre puse por delante el corazón.

Cuando el árbitro reinicia, todavía con los ojos húmedos, he decidido que mientras permanezca en la cancha apostaré con todos mis sentidos, con todas mis fuerzas y todo mi resto, para el caso que se presente la oportunidad.

Nuestros adversarios han empezado a jugar con la posesión del balón, de manera que gastan un par de minutos en triangulaciones y pases cortos. Me comienza a frustrar todo esto, mientras el segundero sigue consumiendo el tiempo... mi tiempo. En una de esas, la pelota corre veloz a mi lado a unos tres metros, instintivamente me lanzo con los pies por delante. Tan oportuno ha sido, que me he quedado con el balón. Entonces, todavía tirado ahí, justo antes que se me barre el *Mayita* Alanís, me logro incorporar y, al mismo tiempo, cuchareo el balón y brinco para evitar su contacto. Entonces, sin esperarlo, me queda al descubierto la portería, 30 metros libres hacia adelante. Sin pensarlo mucho, acarreo el

balón hacia allá, primero con un punterazo que adelanta el balón unos 10 metros mientras corro detrás del él furiosamente, y atrás, me es posible escuchar la respiración violenta del central, número 7, el *Quico* Cabrera, y junto a este, al *Mayita*, que igual van en mi caza.

Esa jugada, es sin duda la jugada de mi vida, no voy a fallar, no voy a fallar ino voy a fallar!

Nuevamente, punteo el balón, la pelota se adelanta mucho. *Picapiedra* desde la portería resuelve no esperar por él, y ahora corre contra mí. Cuando veo a ese toro de frente, echo el resto en la carrera. Solo puedo pensar en meter ese gol.

¡No lo puedo creer! Por centímetros me ha ganado el *Picapiedra* por segunda vez ese día. Quedo de rodillas sobre el pasto con la cabeza baja mientras me recupero de esa larga carrera. Cuando por fin levanto la mirada, ya el árbitro auxiliar está levantando la pizarra anunciando mi cambio, el número 31 por el 10, el *Popeye* Armenta. Eso ha sido todo.

Camino yo despacio hacia la mitad de la cancha para salir. Sigo con la cabeza baja. Entonces, sin enterarme qué ha pasado realmente, el árbitro reanuda el partido sin autorizar los cambios, mientras el Profe Guajardo está a punto del infarto porque el *Popeye* no logró entrar. Este, notablemente enojado, voltea ahora a verme y con movimientos bruscos de sus manos me ordena que me adelante otra vez. Aunque tardo en reaccionar, me doy cuenta que mi equipo ha salido por el flanco derecho con el *Benny*, que en un pase corto se la deja al *Vladimir*, que sin detenerse la toma y en un metro cuadrado ya se ha llevado a dos. Yo, por el centro, apenas recuperado de la carrera contra el *Picapiedra*, empiezo nuevamente, a gran velocidad, a emparejarme a la carrera de Vladimir. ¡Suéltalo! ¡Suéltalo Vladimir! Mientras, ya he alcanzado mi máxima velocidad. Ingreso al área mayor, acompañado del *Mayita* y el *Quico*, uno de cada lado. El Vladimir, casi sin ver, lanza la pelota al bulto. Clarito veo que el pase viene un poco retrasado, yo ya no puede frenar.

El *Profe Motita* siempre decía, - ... *si no la metes con los pies, métela con la rabadilla, pero métela.*

El balón y mi cabeza no coincidirán jamás. Ese era un hecho. En ese segundo, sin que interviniera la razón, cerré los ojos. Yo ya nada podía hacer, más que usar mi radar y mi instinto. Sin saber cuándo ni cómo, me eché un clavado enorme, con las piernas bien levantadas, y cuando sentí que era el momento doble mis rodillas y eché los talones hacia adelante con fuerza.

El golpe fue seco. El gol de escorpión entró por arriba, un poco a la

derecha.

Ahí, tirado en el pasto, exhausto, con mis 10 compañeros arriba de mí, celebrando eufóricos; me acuerdo del *Profe Motita*, que decía: - *Al final muchacho, esto es solo un juego que se repite un millón de veces al día, lo único que importa es lograr dejar el mejor recuerdo, de ser posible uno que perdure para siempre.*